
DOS PALABRAS DEL AUTOR DEL ROMANCERO.

Excitar el amor á la Patria y la veneracion de nuestros héroes; reivindicar su memoria, contemplada hasta ahora al través del fanatismo, de las preocupaciones de una educacion servil y de los intereses creados por las clases privilegiadas; vulgarizar y robustecer los sentimientos de independencia y fe, en el pueblo: tales fueron los móviles y las aspiraciones que tuvo mi corazón al emprender este Romancero, que despues de laboriosísimo trabajo ve ahora la luz pública.

Sabios españoles se encargaron de poner de manifiesto la desastrosa dominacion de las casas de Austria y de Borbon, que nos rigieron, con poco acierto, salvas determinadas excepciones, durante la época vireinal. Esos escritores demuestran, *que el mal gobierno* fué la causa determinante de la independencia de las Américas. Puesto que los males que produjo el sistema español fueron tan funestos á España como á nosotros, no hay motivo de inculpacion, pero sí lo hubo de malestar y descontento, que por la naturaleza de las cosas se manifestó de un modo allende, y del otro aquende los mares.

La tradicion histórica tenia marcadas distintamente tres secciones de poblacion que crearon tres elementos constitutivos en lo que se llamó la Nueva España.

El colonial, el mixto, el indígena. Y aunque parecen fundidos esos elementos en unos mismos intereses, los tenían contrapuestos ó heterogéneos, sin unidad y sin concierto sólido.

El elemento colonial de conquista y dominio, de explotación y codicia, era un trasplante netamente español, al que se refería su modo de ser.

El mestizo, ni era español ni indígena: era producto del español, que descendía y se desnaturalizaba, y del indio, que ingresaba á la civilización. Era *sui generis*; y así como de la mezcla del ácido y el carbonato resulta otra sustancia, que no es ni lo uno ni lo otro, el *mestizo* fué cosa muy distinta del indio y del español.

El indio, dígame lo que se quiera de sus grandezas históricas y de su importancia, quedó en su conjunto abyecto, semisalvaje, y explotable por colonos y mestizos.

Los colonos estuvieron constantemente sujetos á tres influencias: la conquistadora, la clerical, y la que nacía del poder civil.

Cada vez que una de ellas preponderaba, las otras se aliaban para moderarla ó destruirla, y de ahí los vaivenes que se notan en nuestra historia.

El mestizo, aunque excluido de los negocios, se civilizaba en estas luchas, se robustecía, y desarrollaba sus instintos de libertad y emancipación, haciendo sus instrumentos á los oprimidos para conquistar el derecho.

Vínculo común en todas estas divergencias era el elemento religioso, que inmaculado en su principio, independiente y sublime, fué personificado en el fraile, emblema y egida de la civilización. Pero este elemento, corrompido por la riqueza y la intriga política, ajustaba alianzas opresoras, constituyéndose en poder decisivo, por entrometerse, con el prestigio de la creencia, en las cuestiones mundanales.

Excluidos los criollos de los negocios públicos, esclavizados en el trabajo, desheredados por la conquista, se acercaron al indio, con quien tenían más contacto, y era común su resentimiento contra la dominación extraña.

Los elementos de rebelión que acumularon tres siglos, es-

tallaron y fueron acaudillados por los no participantes en los beneficios de los colonos que tenían el poder, las altas dignidades del clero, las fuentes todas de riqueza, el ser común, digámoslo así, con el mundo civilizado.

El mestizo sublevado quería su regeneración por sentimiento, por instinto, por aspiraciones bruscas y no razonadas de libertad y de derecho; y los que podían razonar y hacer doctrina y dogma lo benéfico y trascendental de los instintos, tuvieron que amoldarse á lo que podía querer y comprender la masa semi-bruta que los auxiliaba, no porque era lo bueno, sino porque era lo posible para llegar al fin.

Había hombres sensibles y profundos pensadores, que anhelaban por una reorganización benéfica y conciliadora. Pero urgidos entre los fueros intolerantes de las clases privilegiadas y las aspiraciones de los criollos, se ocultaban para atizar en secreto y por interpósitas manos, las pasiones y los resentimientos que se desarrollaban desordenados.

La revolución francesa, con las mil voces de sus predicaciones terribles, daba fórmula á aquellos instintos, y esas fórmulas, aceptadas por unos cuantos, descendían exagerándose y desfigurándose, hasta las últimas clases.

De esta mezcla nacían los planes de contemporización con el poder establecido, con la proclamación de la religión santa, etc., etc., porque es de tenerse presente que la revolución francesa á nadie alarmó como al clero, y el clero para todos los habitantes de este suelo era el omnipotente y el decisivo.

Como resumen de las anteriores observaciones, las expondrémos en pocas palabras.

El indio, tratado por el *encomendero* desde los primeros días de la conquista, como materia vil y explotable; vilipendiado al extremo de que fué necesaria una declaración papal para que se le contara entre los animales racionales; nominalmente amparado por las Leyes de Indias, dictadas en su beneficio, pero constantemente desobedecidas en la práctica; empleado sin miramientos ni compasión, como simple instrumento para satisfacer una insaciable codicia, encerraba en su pecho, bajo la apa-

riencia de una dócil sumision, un odio profundo á la raza dominadora.

El criollo, aunque en posicion muy superior á la del indio, vivia descontento al verse despreciado de sus mismos padres, considerado en inferior categoría por no ser ya de pura sangre española, excluido por regla general de los altos puestos en la Iglesia y el Estado. Por un instinto inseparable de la naturaleza humana, aspiraba á un nuevo orden de cosas en que le fuese factible ocupar el primer lugar. A la hora de la lucha, bajo el impulso de sentimientos encontrados, se dividió en dos fracciones, de las que una abrazó con ardor la causa de los insurgentes, mientras la otra sostuvo con no ménos brío la defensa de la metrópoli, hasta que el trascurso del tiempo uniformó la opinion en el sentido de la independencia.

El español de México, infatuado con la creencia de la superioridad de su raza, sin la ventaja de una esmerada educacion ni de una instruccion avanzada, habituado á la dominacion y guiado por el afan de enriquecerse, no se fijó en el abismo que se abria á sus piés, hasta que se vió próximo á caer en él precipitado. Con todos sus elementos combatió la insurreccion, con la que acabó al fin por aliarse, cuando pensó que la emancipacion de la colonia impediria el establecimiento y desarrollo de la libertad proclamada en la madre patria.

En el clero, considerado como clase, hubo dos corrientes distintas. El clero bajo, abatido, falto de influencia en las altas regiones del poder, sin la competente remuneracion; compuesto de los hijos del país, sobre quienes pesaba el menosprecio europeo, se declaró en favor de la independencia con patriótica abnegacion. La decision de los curas fué de suma importancia por el dominio que ejercian sobre sus feligreses. Con su conducta formó contraste la del alto clero, es decir, la de los obispos y cabildos, que por su nacimiento, por sus tendencias aristocráticas, por su espíritu de retroceso, sirvieron de potente apoyo al gobierno colonial.

Justo es advertir que no faltaron excepciones en los puntos mencionados; pero fueron tan raras, que no desvirtúan los ras-

gos fisionómicos que hemos delineado de la sociedad en México al abrirse la memorable éra conocida en nuestra historia con el nombre de "Guerra de insurreccion."

La invasion de Napoleon á España, la formacion de las juntas provinciales, las discusiones sobre la soberanía del pueblo y la Constitucion de 1812, fueron, no doctrinas, sino ejemplos y estímulos urgentes para la independencia; esos antecedentes la determinaron, *y la produjeron y consumaron, sin pensarlo, las clases privilegiadas y el clero, en odio á la libertad invocada en España como su salvacion.*

La lucha se entabló, teniendo de una parte gentes oscuras, ignorantes, semibárbaras; en una palabra, los instintos del pueblo; y por otra, la tradicion histórica, las clases privilegiadas, los ricos dueños del territorio, y sobre todo, el clero, terrible poder social y político, escudado con su formidable *ad majorem Dei gloriam*, que le aseguraba una preponderancia independiente y le hacia objeto de la adulacion de todos los partidos.

Verificado el rompimiento, la conversacion, el púlpito, la prensa, todos los medios de criterio fueron de españoles ó colonos, y rechazadas por todas las autoridades á porfia, con la Inquisicion á la cabeza, las exiguas publicaciones del Dr. Cos, de Quintana Roo, y de D. Carlos Bustamante en los campos de batalla.

De aquí dependió que se caracterizaran sin contradiccion y secundándolas nosotros, las imposturas de los secuaces de los vireyes; á Hidalgo de vicioso y cruel, á Morelos de matasiete corrompido, á Guerrero de salvaje, á Mina de traidor, á Cos, Correa, Verduzco y otros, de apóstatas infames, y á todos de bandidos, de herejes, y de dignos de la execracion universal.

Los historiadores más eminentes, como Zavala y Mora, al hablar de nuestros héroes, dicen que hubieran obrado de tal ó cual manera acomodada á nuestro sentir y á nuestros conocimientos de hoy, sin tener en cuenta ni sus circunstancias, ni los elementos propios, ni las preocupaciones ó caprichos de las chusmas de que dependian, y de las que tenian que hacerse ecos, so pena de sucumbir.

Con tales datos críticos han sido juzgados los escritores que

defendieron á los héroes, apasionados por su causa y (prescindiendo de su raza y educacion) encareciendo sus altas virtudes, tales como el Sr. D. Carlos María Bustamante.

Él se habia educado en la escolástica de su tiempo, era fanático, participaba de la educacion y de los hábitos del colono, escribía en el pésimo estilo que, con muy contadas excepciones, usaban los literatos de su tiempo.

Pero amaba la independencia; él solo se atrevia á opinar de distinto modo que los demas, á ensalzar á los héroes, á distinguirlos de los bandoleros que á la sombra de la revuelta pululaban y servian, puesto que concurrían al grandioso objeto que impulsaba á los caudillos.

En el Sr. Bustamante se operaba una revolucion tremenda; era su moral inconsecuente, discurría sin trabazon y como por intermitencias; sobre todo, su público no sabia leer ni tenia criterio para juzgarlo: se entregaba al interesado exámen de sus enemigos, y lo más cruel era que á sus enemigos se unian muchos por ignorancia, ó porque al vuelo exponía la diatriba, errores que era forzoso se escaparan de la pluma bisoña del historiador insurgente.

Pero una alta prueba de su valía real, es que, depurado el *Cuadro Histórico* de sus errores, es, ni más ni ménos, el excelente compendio de Mendivil, el relato de Mora, la elegante narracion de Zavala; y el propio Alaman, tan sistemático enemigo de la independencia, y tan español en su criterio, copia constantemente y se sirve de Bustamante como de guía, haciéndole muchas veces justicia.

¿Quién puede conocer á Lutero por los escritores ortodoxos? ¿quién á Voltaire? ¿Cómo se juzgó á Colon por los frailes dominicos? ¿Cómo están hoy juzgando los serviles á Juárez y á los hombres de la Reforma?

Se cita hoy para poner en evidencia al Sr. Bustamante, que creia en milagros, que tenia determinados candores, que no escribía como Jovellanos ni como D. Modesto de la Fuente.

La sola censura de la aparicion de la palma milagrosa, que dizque auguró á Calleja la victoria de Cóporo; la sangrienta iro-

nía con que ridiculiza la investidura de generala á la Virgen de los Remedios, valia tanto ó más en aquel tiempo y entre aquella sociedad, que los escritos más audaces de nuestros libres pensadores de hoy: y viniendo á las dotes literarias, ¿escribian mejor Cancelada, Beristain, y otras lumbreras de la Iglesia y del trono, que nuestro D. Carlos?

Yo no conozco libro más benéfico, más trascendental, de más profunda filosofía para México, que el *Periquillo del Pensador*; y ¿cómo se le juzga? como un aborto de ordinariéz y de mal gusto: y ¿qué se cita para comprobarlo? se citan su lenguaje inconveniente, sus alusiones sucias, la parte superficial de su obra.

Jamas, para juzgarla, se presenta una sociedad compuesta del indio semibárbaro, del lépero holgazan y vicioso, del clero corruptor é hipócrita royendo las raíces puras de la familia, del niño mimado y libertino, del soldado déspota y brutal, del sabio tan petulante como frívolo.....

¿Cómo no se recuerdan, al censurar al Pensador, las recetas del gran Padre Sartorio, ni los versos puestos en los claustros, ni los sermones..... ni el Padre Parra, ni el *Floa Sanctorum*, fuentes vivas, veneros riquísimos de la literatura cortesana, del estrado, del torno y de la reja? ¿No hemos visto contaminado con ese mal gusto á nuestro eminente Navarrete? ¿No hemos escuchado en los púlpitos verdaderas blasfemias y soeces invecivas, con motivo de la explicacion del Divino Verbo y cosas semejantes?

El Pensador Mexicano, prescindiendo de los lauros académicos á que podia haber aspirado; de las distinciones universitarias, de la fama encumbrada de los juristas, canonistas y teólogos, se mezcló al pueblo, imitó su lenguaje y maneras, se hizo bajo pueblo, y confundido en él, derramó lecciones llenas de moral y de bienes, inculcando el respeto á la ley, el amor al trabajo, las ventajas de la civilizacion y los principios sólidos que hacen á una sociedad digna y respetable.

Para llegar á esto tenia que hacerse vulgar y chocarrero, buscar las simpatías del que queria que fuese su público, con la chanza, con la anécdota, con la reminiscencia de su preocupa-

cion, y cautivados sus oyentes, esparcia entre ellos las semillas del bien, del amor á la justicia, del respeto al derecho y á las grandes conquistas del progreso.

Semejábase á los cazadores acuáticos de los aztecas, que metían la cabeza en un calabazo que parecía flotar en las aguas, para que no desconfiase la presa, y hacerla más segura.

El Pensador es hasta hoy desconocido, y se le ha visto hasta hace poco como el escritor de la canalla.

La patria de la raza blanca era y fué España, así como la garriga de la salvacion era Roma. La revelacion de la Patria la hicieron sus primeros héroes. La independenciam fué su sér real y autonómico. El encarecimiento de ese sér y de esa gloria, como ántes dije, fué el móvil preferente de mi trabajo.

Para la reivindicacion del nombre de los héroes eran débiles mis fuerzas y la tarea inmensa, puesto que se necesitaba exhumar sus recuerdos de entre pasiones dominantes ó imposturas que, elevadas á la categoría de creencias, constituian calumnias consentidas por lo que se llama gente decente, la cual forma la comparsa ruin, ó mejor dicho, la corte aduladora de la riqueza y el poder.

La contraposicion del arriero al corregidor, del cura al obispo, del labriego al mariscal de campo, ya era mucho, y aun entre amigos de la independenciam habia más afinidades con el hombre culto que con el selvático y grosero.

Pero ese hombre de *huaraches*, de manos callosas, de modales toscos, córria á sacrificarse por nuestra libertad, y el pulcro, el afilligranado, el perfumado y simpático, se bañaba en sangre de patriotas, y se complacia en ser instrumento del tirano. Esos medio salvajes nos dieron patria, y en ellos reverberan sublimes dotes de verdadera virtud.

Pormenorizar las ilustres hazañas de esos héroes, hacerlos amar, predisponer nuestras almas á seguir su ejemplo, presentar en ellos modelos de fe, de constancia, de abnegacion y de altas dotes cívicas, fué otro de mis objetos. No desconocer al padre amante que nos dió el sér aunque vistiese traje humilde y habitase una choza infeliz.

Pero para mí todo esto no era bastante; yo queria y deseo que estas narraciones fueran como el pan del alma de mi patria, que corrieran, que se infiltraran por todas partes, que se vulgarizaran como la luz y como el agua, y esta para mí fué la gran dificultad.

Presentar hechos aislados, acomodados al canto épico y á la entonacion resonante de la oda, era halagador para mi vanidad, pero no correspondia á mi designio.

Seguir paso á paso la narracion; rimar á D. Carlos Bustamante ó á Zavala, era engorroso y soporífero; desviarse totalmente de la Historia, antipatriótico y absurdo.

Conservé hasta en sus ápices la verdad histórica; adopté el romance como lo más popular y acomodaticio á todos los tonos; y en cuanto al lenguaje, desviándome de lo inconveniente y rastroso, preferí lo que *mejor se entendiese*, sacrificando la metáfora seductora, la alegoría brillante y el apóstrofe conmovedor, al tono de plática y al relato sabroso, pero humilde, del calor del hogar.

En este partido seguia una de las faces que presenta hoy naturalmente nuestra literatura pátria.

Hay genios eminentes que desde las alturas olímpicas de la inspiracion derraman su luz en nuestra patria; pero analizadas sus producciones, no se podrian llamar mexicanas; mas universales títulos les ha asegurado la fama, sin dejar por ello de ser glorias de México.

Hay otros poetas y escritores, que han querido verter las corrientes de su inspiracion sobre este conjunto informe de gérmenes y despojos, de fragmentos ó iniciativas de sociedad, de conjuntos heterogéneos, soñando en una patria y en un pueblo que se llama México, y á estos escritores fué mi aspiracion pertenecer desde mis tempranos años.

En una palabra, y tratándose de éxito, yo no aspiro á que sea mi *Romancero* tan ensalzado como los grandes poemas, ni tan admirado como las obras inmortales del arte: será recompensa de mis esfuerzos que en mi patria sean mis Romances como los frijoles, lisonja en la rica porcelana del banquete.

y refrigerio y contento en el grosero barro de la choza del artesano y del labriego.

Entro ahora en una cuestion más delicada, pero indispensable para que se juzgue de esta obrilla y de su espíritu.

Al narrar hechos que afean la conducta y anatematizan á determinados españoles, en nada creo herir á la nacion española ni á sus antecedentes gloriosos, ni nada importan aquellos juicios para la apreciacion que en nuestra conciencia hagamos de aquel Gobierno y de la civilizacion que nos trasmitieron los españoles.

Narramos, y si nuestra narracion forma el proceso del vireinato y sus agentes, tambien censura acremente y economiza los títulos que merecen, á mexicanos que vió despues en puestos eminentes la República, pero que en aquella época bien merecieron el nombre de verdugos de sus hermanos.

Cuando la propia Historia de España denuncia los crímenes de muchos de sus reyes, los robos de distinguidos favoritos, las asquerosas liviandades de varias reinas, en nada anubla esto los blasones de la patria de Guzman el Bueno, del Cardenal Cisneros y de la sublime Isabel la Católica, honra de la humanidad, y ménos á la patria del Cid, de Diego de Paredes y de D. Juan de Austria.

Nuestra independencia fué una emancipacion natural y necesaria, producida por la mayor edad de nuestra sociedad y el desarrollo de su vida propia.

Lo justo y conveniente hubiera sido la aquiescencia, el fomento de los vínculos creados por la naturaleza, la cooperacion al bienestar y á la felicidad del hijo; y de parte de éste, el amor, la ternura, el cultivo de relaciones que deberian serle benéficas, y el afianzamiento de vínculos que, con poco esfuerzo, deberian haberse convertido en poderosos lazos de familia. Si la España y nosotros hemos desconocido esas conveniencias, somos igualmente culpables.

Insistir los Gobiernos españoles y los descendientes de los conquistadores en sus pretendidos derechos; conspirar en contra de nuestras instituciones y nuestro modo de ser político;

aliarse con los elementos que nos encadenaban á un orden de cosas funesto y muerto para siempre, eso, á más de insensato, es criminal y digno de ejemplares escarmientos.

Con pocas excepciones, el odio del partido servil á las libertades patrias, reconoce por origen fundamental el odio á la independencia. Ya se verá por qué lo rechazamos con tanta energía los mexicanos.

Por lo demas, nosotros al celebrar nuestra emancipacion, celebramos el triunfo del derecho sobre la fuerza bruta, y este motivo de gloria y orgullo de la humanidad entera, en nada tiene que lastimar á ningun pueblo, sino por el contrario, ser causa del regocijo de todos.

De esta manera, la toma de la Bastilla y la proclamacion de los derechos del hombre, es motivo de duelo para todos los tiranos del globo, pero no para los pueblos que aspiran á su libertad. ¿Por qué no ha clamado Alemania, que tiene en sus instituciones huellas del derecho divino, contra los regocijos del 14 de Julio?

¿Por qué no protesta la Francia contra las manifestaciones de la España el 2 de Mayo, y parece molesta y celosa de que nosotros celebremos nuestro 5 de Mayo?

El 5 de Mayo no quiso decir que fuéramos más fuertes, ni más civilizados, ni mejores que la Francia; quiso decir, que Juárez tenia mejor derecho al defendernos, que Napoleon III al invadirnos.

¿Quién se ha expresado en términos más vehementes contra el robo de los Estados Unidos, que sus hombres eminentes? ¿Quién ha dicho en ese particular más que Clay? ¿Quién ha hecho más preciosas confesiones que Grant?

¿Cómo no honrar á los que sucumbieron protestando contra tanta iniquidad?

Cuando se ensalza como corredentor á Lincoln; cuando la humanidad señala como objeto de odio la hoguera de Juana de Arco, el suplicio de Brown, ¿quién puede protestar? El retroceso, la tiranía, las malas y bastardas pasiones; no los pueblos: los tiranos y los verdugos; no el hombre. Si es así, esos rugi-

dos de despecho se convertirán en gloria, en himnos, en *Te Deum*, en la apoteosis del Progreso.

Respeto á España y sus glorias legítimas, para las que sólo tengo veneracion y amor; mi educacion, mis creencias, mis afectos más vivos están enlazados con españoles; español fué el bienhechor de mi santa madre (C. C.), y el único hombre que en mis dias de infortunio ha aparecido como mi Mecenas, ofreciéndome, como un hijo, abierto su bolsillo, y extendida á mí su mano generosa, es español. (R. S.)

La España amiga es un tesoro para mi corazon..... á los gachupines revolucionarios, fanáticos, celosos de nuestra independencia, traficantes con nuestras desdichas y nuestros extravíos, no los puedo tolerar.

Ahora dos palabras para concluir. Comencé este trabajo ya viejo y muy enfermo. Fué al nacer mi Romancero, hijo de la soledad, de la pobreza y de íntimos dolores.

Varias veces interrumpí mi obra, y hay muchísimos romances en mi manuscrito anotados así: *No puedo seguir, porque me ataca el cólico.—Este Romance está escrito en medio de profundos dolores.—Escribo en la cama, boca arriba y casi tullido.*

Y repito: no me era difícil componer; confieso sinceramente que mi dificultad consistía en escribir, borrando lo escrito espontáneamente para acomodarlo al lenguaje vulgar, y que la poesía resultara, no del engaste, sino del valor intrínseco de la joya. Al concluir, ví que podia haber mucho de cansado y de prosaico; pero todo claro, todo potable, como agua de fuente pública, al alcance del primero que pasa, y esto me satisfizo.

Escrita mi obra, comuniqué el nacimiento del párvulo á mis amigos, quienes no se cuidaron de que el chico fuese feicillo ni anémico, ni burdo de mañeras, sino que ya Juan Peza le canta, y Vicente Riva, y Altamirano lo pasean en brazos, alentándome este eminente literato con filial cariño, tratando al pimpollo *pior que á Príncipe*, no desdeñando ni mi amado y venerado hermano y amigo José María Iglesias, peinar sus cabellos, ni Pedro Santacilia mimarle cariñoso.

El Sr. General González, Presidente de la República, supo la

existencia de mi obra, y favoreció su publicacion por medio del Sr. Ministro de Justicia D. Joaquin Baranda, digno hijo de D. Pedro Baranda, que forma en la Historia española parte de la pléyade inmortal de Trafalgar: D. Joaquin se constituyó protector de mi Romancero.

Por último, el Sr. Pacheco, Ministro de Fomento, secundando noblemente al Sr. General Diaz, ha impulsado un trabajo en que á todos he merecido favor, distinguiéndose los Sres. Francisco Sosa, y mis otros amigos D. José Pruneda, director de la imprenta del Ministerio de Fomento, y D. Luis G. Rubin, quien se ha encargado de las pruebas y de correcciones atinadas en los manuscritos.

Debo, en fin, mencionar tambien á mis amigos los impresores D. Juan Bustamante y D. Carlos Pérez, que trabajaron mucho con mi mala letra y mis descuidos. A todas estas personas quiero hacer presente mi gratitud.

Resta ahora, y es lo esencial, que el público favorezca la obra con su acogida..... Si no fuere así, tendré un desengaño más..... desengaño cruelísimo, porque he vertido en mi Romancero lo que habia de mejor y más puro en mi corazon de mexicano.

México, Diciembre 31 de 1885.

GUILLERMO PRIETO.

